

EL «TERCER PARTIDO» EN LOS ESTADOS UNIDOS

El otoño próximo los norteamericanos irán a las urnas para elegir al hombre que en los cuatro años sucesivos tendrán su sede en la Casa Blanca. Simultáneamente los electores deberán designar al Vicepresidente de los Estados Unidos, y renovar parte del Congreso además de varios centenares de otros cargos locales.

El acontecimiento trasciende el normal hecho episódico electoral, para avanzar sobre una serie de otros elementos en conexión con la posición que Norteamérica ocupa actualmente en el mundo libre. Rebasa también los límites del país, para interesar a todos los comentaristas políticos, y a las naciones amigas o enemigas. Se trata en sustancia de un fenómeno de vastas proporciones, cuyo peso es ciertamente importante, sobre el plano interno y sobre el internacional.

Esta vez los temas principalmente debatidos serán los de política exterior. Primero la guerra de Corea; después la crisis de Berlín; posteriormente las relaciones Este-Oeste; el conflicto vietnamita, y la recientísima y preocupante extensión del movimiento chauvinista chino, han contribuido a dar a los norteamericanos una conciencia de los problemas internacionales; a «desprovincializar» este país que hasta hace algunos lustros se interesaba más por los temas referentes a la situación interna que por los internacionales. Es fácil deducir desde ahora cuáles serán las bases sobre las cuales se desarrollará el encuentro entre los dos partidos de mayor peso. La administración democrática defenderá su política. La oposición republicana la criticará, no dejando desempolvar para esta ocasión el antecedente de Goldwater, para sostener la afirmación de que muchas de las tesis que éste proponía en 1964 han sido después ejecutadas—y ejecutadas mal—por los demócratas.

Pero junto a estas polémicas centelleantes, acaso actuará otro elemento que contribuirá a hacer aún más apasionante la próxima campaña electoral.

Efectivamente, es de ayer la noticia de que los exponentes de la izquierda americana, comprendidos los de la organización de gentes de color, se han reunido en un Congreso, para considerar la oportunidad de proponer al país una tercera candidatura además de la demócrata y la republicana. En sustancia, para ver si existen las premisas para la creación de un «tercer partido» en los Estados Unidos.

Esta noticia ha vuelto a plantear, en toda su amplitud, un problema que ciertamente no es de hoy, sino que se remonta a los últimos años del siglo pasado; cuando el sistema del bipartidismo sobre el cual reposaba y reposa la democracia norteamericana fue sacudido por la tentativa de dar vida a un tercer organismo, que habría debido desempeñar un papel de primaria importancia en la vida política nacional.

El nacimiento del partido populista (*Populist Party*), sobrevenido el 1892 en Cincinnati, por iniciativa de los representantes de las clases agrícolas e industriales, más que a razones de carácter doctrinal, se debió a motivos de naturaleza contingente, que no tenían nada que ver con la necesidad (que, por otra parte, no se advertía) de despedazar el monopolio político ejercido por los dos principales partidos.

El populismo como fuerza organizada nació de la insatisfacción de las clases sociales agrícolas, por la política económica que desarrollaban los republicanos y los demócratas. Su programa era una curiosa mezcla de postulados liberales (como el derecho de acuñar un número ilimitado de monedas de oro y plata sin ningún control nacional superior; el aumento de la circulación monetaria para satisfacer las exigencias de un mercado en expansión; administración de los ferrocarriles y los bancos del Estado; impuestos progresivos de la renta; limitación de la propiedad territorial; etcétera) con otros postulados de tono socialista. Como experimento partidístico fue un éxito; e incluso constituyó la expresión más destacada entre las iniciativas que tendían a crear un organismo en concurrencia con republicanos y demócratas. En las elecciones presidenciales de 1892 obtuvo un número satisfactorio de votos; y uno de sus exponentes, William Jennings Bryan, candidato a la Casa Blanca aliado con algunos círculos demócratas, tuvo alrededor de seis millones y medio de votos.

Fue una afirmación sin precedentes, que a continuación indujo a los que se batían para el nacimiento de una «tercera fuerza» en la política norteamericana, para volver a intentar el experimento. De todos modos, el po-

pulismo como fuerza política organizada tuvo una vida breve. Con la mejora de las condiciones económicas de los agricultores, y sobre todo con la realización en el plan legislativo de los postulados principales de su programa, después de una decena de años de vida, perdió agudeza y se esfumó lentamente. Sus votos fueron absorbidos por el partido demócrata.

Aquel episodio sirvió, sin embargo, para hacer comprender la posibilidad de que la situación norteamericana de aquella época ofrecía a un «tercer partido» la posibilidad de hacer de eje de la balanza demócrata-republicana, y recoger las aspiraciones de algunas capas sociales.

Entre los partidos menores que se han sucedido sobre el escenario político norteamericano bastará citar el partido antimasónico; el partido de la «libertad»; el partido de la «tierra libre» y el *greenback*; el partido prohibicionista; el unionista; el socialista (articulado en varias ramas y tendencias); el comunista; el laborista; el partido de los agricultores.

El partido de minoría más antiguo es de todos modos el prohibicionista. Nacido en el 1869 con la finalidad de combatir la legislación sobre el tráfico de las bebidas alcohólicas, se presentó por primera vez a las elecciones presidenciales de 1872. Veinte años más tarde logró reunir en torno a su programa (que incluía también propuestas de reformas monetarias y ampliación del derecho de voto) unos 270.000 votos para el propio candidato, el general Bidwell. Todavía hoy sigue actuando el partido prohibicionista, aunque hayan cambiado las condiciones que determinaron su nacimiento en el siglo pasado. Pero actúa en escala reducidísima, como demuestran los pocos millares de votos que sus candidatos recogen en cada consulta popular.

Una consistencia muy distinta tuvo la tentativa realizada en 1912 por los herederos del viejo partido populista. Siguiendo la estela de la vena progresista iniciada con la tentativa de 1892, los responsables de este grupo, incorporado en el partido demócrata, se organizaron como una corriente especial en el seno de aquella organización. Esta primera tentativa de disidencia, que encontraba su razón en la insatisfacción de los antiguos populistas por el programa demócrata que ellos juzgaban demasiado «conservador», se amplió hasta llegar a ser rotura en 1912; cuando los populistas demócratas se encontraron a mitad de camino con los progresistas del partido republicano, y todos unidos apoyaron la candidatura del republicano disidente Theodore Roosevelt, en contraste con la oficial de William Taft.

La iniciativa tuvo, en un primer tiempo, un valor puramente electoral;

y sus efectos se agotaron con la derrota tanto de Taft como de Roosevelt; pues la secesión sólo sirvió para favorecer la victoria del candidato demócrata Woodrow Wilson. Pero en un segundo momento fue el epicentro de un nuevo grupo político; precisamente el movimiento progresista, que aunque enlazándose con el viejo partido populista, se proponía emprender nuevos caminos, y no presentarse al país como un verdadero y propio partido, sino como un movimiento de opinión.

A la cabeza de aquella tentativa estaba Robert La Follette, cuya familia dominaba indiscutiblemente Wisconsin desde varias generaciones. Robert La Follette y su hermano Philip organizaron, en 1924, el partido progresista, con criterios que debían ser nuevos. Para ello salieron del partido republicano en el cual habían militado hasta aquel momento. El resultado fue que los agricultores del Wisconsin, conservadores por tradición, se separaron de la familia La Follette, y continuaron dando sus votos al partido republicano, dando a Robert una severa lección. Robert La Follette volvió entonces a entrar en el partido republicano, bajo cuya insignia se presentó de nuevo a las elecciones presidenciales afrontando el juicio popular en las primarias. Derrotado una vez más, se retiró de la vida política, mientras los restos del partido progresista confluían en el demócrata.

La tercera tentativa progresista fue realizada en 1948 por Henry Wallace. Este había llegado a ser Vicepresidente de los Estados Unidos, con F. D. Roosevelt, precisamente en virtud de su posición de *leader* del progresismo demócrata y heredero directo de La Follette. Pero en 1948 se pensaba que el progresismo, en aquel momento corriente ideológica actuando en lo interno del partido demócrata, podría estructurarse como un organismo autónomo. Así Wallace fundó un verdadero y propio *Progressive Party*, el cual fue ruidosamente derrotado en las elecciones presidenciales de 1948.

Característica de las tres tentativas fue el predominio absoluto de una personalidad de primer plano. El partido progresista se había impuesto cada vez y había sido calificado no por su posición ideológica, sino por la existencia a su cabeza de un hombre de prestigio. Realmente, en 1912 el partido progresista era Theodore Roosevelt, en 1924 era Robert La Follette y en 1948 Henry Wallace.

Siempre a la izquierda, otras tentativas de crear un «tercer partido» fueron realizadas, pero limitadas a situaciones territoriales o contingentes tan limitadas que fueron completamente olvidadas. La única iniciativa de relieve,

que incluso tuvo cierto éxito en Nueva York, fue el *Labour Party*, cuyos votos lograron hacer elegir un diputado en la Cámara de Representantes en 1948. De todos modos, el valor de tales tentativas fue más histórico que práctico. Lo mismo puede decirse del partido socialista; del partido socialista de los trabajadores, y otras organizaciones del mismo género.

La izquierda norteamericana que quisiese dirigir una acción en cierto sentido autónoma, en confrontación con los dos mayores partidos existentes, debería articularse sobre el terreno intelectual, no sobre el de la organización. Y, en efecto, sucede verdaderamente así, con la proliferación de círculos culturales, revistas de vanguardia y organismos parapartidistas en todo el país. Sobre el plano estrictamente político, o mejor electoral, los grupos de izquierda, prefieren continuar actuando con el partido demócrata del Norte, y en las capas progresistas del partido republicano que desde hace tiempo tratan de modificar completamente las estructuras de su movimiento. Este es un fenómeno que hasta hoy no ha tenido una explicación válida, por cuanto la reunión colegial a la cual aludimos al principio podría quizá modificar esta singular relación de fuerzas, y decidir a las izquierdas de todo origen a intentar de nuevo la carta de las candidaturas autónomas; a lanzar el «cuarto» (o el quinto si se cuenta la tentativa del fin del siglo pasado) partido progresista de la historia política norteamericana.

A la derecha la situación ha sido siempre más clara. La tentativa de mayor relieve adoptada en el campo conservador (el término «conservador» indica en los Estados Unidos la derecha moderada en su conjunto) fue el de T. Strom Thurmond, gobernador de Carolina del Sur.

En la convención demócrata de 1948, los delegados de Arkansas, Luisiana, Alabama y Carolina del Sur apoyaron la candidatura de Thurmond, en contraste con la oficial propuesta por el partido. Los cuatro Estados en cuestión adoptaron dicha actitud por odio al sistema federal, que parecía infectar cada vez más los sistemas estatales; y porque se sentían sensibles a las primeras refriegas de la discordia racial, que sucesivamente explotaría en todo su dramatismo.

Thurmond no fue elegido, pero las organizaciones del partido demócrata en aquellos cuatro Estados se hicieron autónomas; y prosiguiendo su acción presentaron en las elecciones presidenciales una candidatura Thurmond completamente independiente, por odio a la demócrata oficial, y naturalmente a la republicana. Así nació el *National States Rights Party*, que tomó el

puesto de la corriente conservadora en el partido demócrata del Sur (*Dixiecrats*).

Harry Truman fue elegido a la Casa Blanca, pero el N. S. R. P. obtuvo cerca de 1.200.000 votos, a pesar del hecho de que la secesión no había sido un episodio vertical, sino un fenómeno que concernía a toda la base del partido en aquellos cuatro Estados.

El N. S. R. P. tuvo una vida breve. Casi inmediatamente después se disolvió y sólo recientemente ha renacido sobre base nacional, pero como expresión de tendencias de extrema derecha e incluso neo-fascista. En sustancia, el N. S. R. P. de 1968 no tiene nada que ver con el N. S. R. P. de 1948.

Thurmond volvió a entrar en el partido demócrata, y fue elegido senador, pero tuvo el medio en 1964 de apoyar a Barry Goldwater y adherir al partido republicano.

Otro grupo político de cierta consistencia es el *Constitution Party*, que incluso teniendo la sede central en San Antonio de Texas trata de extenderse sobre todo el territorio de la Unión. El *Constitution Party* se ha presentado casi siempre a las elecciones presidenciales (que son el verdadero termómetro de la situación política), pero sin demasiada fortuna.

Es inútil hablar de plétora de los grupos menores, que proliferan a la derecha. En casi todos los Estados existe un *Conservative Party*, pero sin enlace con los otros organismos y con escasas posibilidades de éxito. Más sobre el pan-federal que sobre el estrictamente partidista, hacia 1960 ha comenzado a actuar una Asociación Patriótica, que tiende a reunir los diversos grupos políticos, y los centenares de publicaciones (unas 500) de tal tendencia, aunque dejando a cada una máxima libertad para su acción de organización. Se trata de una iniciativa que parece haber tenido cierto éxito.

De cualquier modo es evidente, incluso a la derecha, la tendencia de intentar superar el fraccionamiento, para dar vida a un «tercer partido» de clara posición conservadora. Recientemente el director de la *National Review*, de Nueva York (la más autorizada y difundida publicación conservadora norteamericana), William Buckley, presentó su candidatura a la Alcaldía de Nueva York; en oposición al candidato republicano y al demócrata. Todas las organizaciones conservadoras de la ciudad, las grandes y las pequeñas, apoyaron a Buckley, que aunque fuese derrotado consiguió reunir bajo su nombre un número importante de votos, más de 500.000, como demostración del hecho de que la necesidad de un «tercer partido», tan sentida a la dere-

cha como a la izquierda, podría tener consecuencias inimaginables sobre el equilibrio político americano.

En la víspera de las elecciones presidenciales es difícil hacer pronósticos. Habrá ciertamente el consabido florecer de grupos y candidaturas menores, sin ninguna consistencia. Pero habrá también tentativas más serias, que prescindiendo de las iniciativas estrictamente electorales podrán desempeñar un papel de gran relieve.

Por otra parte, la situación social del país no excluye *a priori* algunas tentativas que hoy parecen imprescindibles. Por ejemplo, se ha planteado la creación de un «partido negro», que debería y podría recoger los sufragios de millones de hombres de color. Además, la asamblea celebrada recientemente para intentar el lanzamiento de un partido que coaligue todas las fuerzas de izquierda, deja entender que las izquierdas harán seguramente alguna cosa en la dirección del «tercer partido».

A pesar de todas las tentativas, el partido comunista aparece completamente cortado fuera de la lucha; porque aplastado por una ley tan pesada como la *Internal Security Act*, se encuentra ahora aislado, incluso a la izquierda, y desgarrado por las disensiones entre filo-chinos y filo-soviéticos.

A la derecha es casi cierto que no se tomarán iniciativas concretas. Los conservadores norteamericanos tienen sus fortalezas en el Sur, donde sus portavoces, independientemente de las constantes de la política nacional y de la situación que ha madurado en el vértice, y militado en el partido demócrata o en el republicano, forman un frente común cuando se trata de defender el postulado básico del conservadurismo norteamericano: la tutela de los intereses de los Estados contra las intervenciones del poder federal.

La aclaración que se está efectuando, y cuyo ejemplo evidente ha sido en 1964 el paso del senador Thurmond desde los demócratas a los republicanos, contribuye a hacer recordar que las derechas, en vez de dar vida a su «tercer partido», preferirán dar la batalla sobre un frente que, pasando de las posiciones republicanas a las demócratas, comprenda imprescindiblemente los derechos del Sur y los otros contenidos en la ideología tradicionalista del libro *El verdadero conservador*, de Barry Goldwater; es decir, de uno de los personajes más característicos y discutidos de los años 60.

Es más probable que el «tercer partido» surja a la izquierda, donde las inquietudes son más evidentes y ahondan sus raíces en una serie de situaciones de carácter social, político y económico. La contienda racial, las insatisfacciones sociales, la polémica por el Vietnam, son motivos bastante

FRANCESCO LEONI

graves para justificar una iniciativa autónoma por parte de los movimientos de izquierda. Es difícil decir qué éxito podrá tener una manifestación de este género. Probablemente en el nivel de las convenciones de los partidos, los únicos que resulten perjudicados sean, en primer lugar, los candidatos republicanos de la fracción radical. Pero en el nivel de las elecciones presidenciales, el nacimiento de un «tercer partido» de orientación progresista perjudicaría al candidato demócrata. Porque los demócratas del Sur, aferrados al conservadurismo histórico más ortodoxo, en todo caso no votarían jamás por un hombre de izquierda, y a duras penas apoyarían a un moderado como Johnson. Mientras que la hemorragia de votos demócratas en favor del «tercer partido» no haría más que debilitar las posiciones del candidato oficial del partido demócrata.

En conclusión, los fermentos y las iniciativas actuales harán comprender que la aspiración al «tercer partido» se advierte ya en varias capas políticas norteamericanas. Pero también se advierte que hasta hoy, cada tentativa no ha tenido, y probablemente no tendrá aún por algún tiempo otro valor que el de los experimentos de laboratorio.

FRANCESCO LEONI

CRONOLOGIA

